

Seguramente, cuando cada uno de nosotros se ha convertido a Dios, comienza testificando a su familia, luego a sus vecinos, en su barrio, a sus amigos, a sus compañeros de estudio o de trabajo. Cada uno de nosotros se mueve en un entorno en donde somos pequeñas luces que llevan aquel reflejo de la luz, que es Cristo. Lo hacemos así, porque son las personas con las que tenemos más contacto, más afinidad y confianza y también quienes pueden ver nuestro testimonio puesto en práctica al ver nuestras vidas cambiadas.

Una hermana, que fue de las pioneras entre nosotros, y que hoy, no tengo dudas, nos mira desde la Patria Celestial, nuestra amada Carmen Prieto de Tomicich sabía de esta tarea. Muchos de nosotros tuvimos el privilegio y la bendición de conocerla y de disfrutar de su testimonio permanente de vida. Ella vivía en el barrio de Fisherton, cerca de donde se encuentra el Hogar Bautista de Ancianos. Era un lugar lejos de nuestro templo, pero la antorcha de doña Carmen estaba allí encendida, y brillaba y calentaba con fuerza. Era tan fuerte que todas sus vecinas veían su vida y, como era imposible para algunas llegarse hasta el templo, por edad o por otras dificultades, la Iglesia fue hasta ellas.

Las reuniones comenzaron siendo exclusivamente de mujeres, en casa de nuestra hermana. Eran un buen grupo, y por eso se constituye una Sociedad Misionera de Mujeres en el lugar, el 23 de julio de 1989. Nuevamente, el primer paso está dado por mujeres de nuestra congregación. ¡Siempre las hermanas mostrando valentía, empuje y buscando tiempo entre todos sus quehaceres para adorar y servir a Dios! Poco a poco, el grupo comienza a crecer, y es necesario crecer en visión y alcance con él. Se comienzan a tener reuniones de oración y, los domingos por la mañana, Escuela Bíblica Dominical. Las reuniones siguen haciéndose en casa de doña Carmen. ¿Cómo se resuelve el tema de la división de clases? La tarea quería hacerse bien, y en forma completa y correcta, pero era una casa, no había planta educacional. Pero la generosidad de doña Carmen no tenía límites, la casa era chica, pero el corazón era inmenso. Se usan todos los ambientes de la casa para separarse por grupos, hasta el dormitorio. Y, después de un tiempo, hasta esto queda chico, y se decide, regalarle el cerramiento de una galería que serviría como salón. De estos tiempos recordamos a muchos hermanos que fueron fieles en la tarea, entre ellos Rubén Tamagna que era maestro, y quien fuera nuestro pastor, y quien amó mucho esta obra, José Prieto.

Durante el trabajo de aquellos años, se usa el amplio fondo de la casa de nuestra hermana para llevar cantatas, pesebres, obras de teatro; se trabaja en todo el barrio, y muchos son alcanzados por el Evangelio, entre ellos nuestra hermana María Pascual y varios miembros de su familia, y también la familia Refosco.

Aunque el trabajo da buenos frutos, tiene sus idas y vueltas. Los hombres solemos tener miedo cuando los desafíos de Dios se presentan y siempre tenemos nuestras cosas personales: falta de tiempo, falta de manos, cansancio.

La obra se ve interrumpida, pero Dios nuevamente pone en el corazón de María Pascual, quien hace la posta en la función de doña Carmen, el seguir trabajando allí. Su vida es de ejemplo de luz en el lugar. Siempre está presente en todos los hogares que la rodean acercándose donde hay necesidad, orando por ellos, amándolos y acercándoles el mensaje del Señor. Su casa, como la primera anteriormente, también tiene las puertas abiertas. Su corazón, grande como el primero dispuesto, está ansioso de llevar las buenas nuevas a su barrio, a sus vecinas.

Se comienza con el trabajo con los niños, que se lleva a cabo los sábados a la tarde. Allí varios jóvenes son los encargados de sembrar la semilla del Evangelio en los corazones siempre dispuestos de los niños. Cuando vemos a uno de ellos recibir a Jesús en su corazón sincero, podemos entender las palabras del Señor, cuando nos dice que de

los tales es el reino de los cielos, y que nos es necesario volvernos como ellos, con inocencia y sin prejuicios para llegar a ser Hijos de Dios. Este esfuerzo comenzado por varios hermanos de la Iglesia, cuenta también con algunas personas del lugar que se suman a la tarea con entusiasmo y fervor.

Pero otra vez la labor es interrumpida, por varias dificultades que se van presentando. Sin embargo, en el corazón de nuestra hermana María arde del fuego del Señor, y, nuevamente trae el deseo de que recomiencen las reuniones en su hogar. Desde hace dos años, se ha comenzado nuevamente el trabajo, con fuerzas renovadas y planes a futuro. Tratamos de que todas las edades sean alcanzadas por la Palabra de Dios.

Los niños tienen su espacio y varios jóvenes de la Iglesia llevan la Palabra de Dios para ellos cada semana. Toman sus visuales, sus canciones, y Dios los acompaña dándoles el amor, la paciencia, su sabiduría en esta obra. Dios bendiga la tarea de estas hermanas. El trabajo que ellas hacen tiene el futuro de poder ver cambios en la vida de aquellos pequeños que son tocados por el mensaje del Señor. Sin duda, las vidas de Cristina Baigorria, Irina Chomyn, Eluney Asencio, impactarán en esos corazoncitos que esperan las Palabras de Dios en sus labios sábado a sábado.

También los adultos tienen su reunión de oración todas las semanas, compartiendo momentos de compañerismo y creciendo en el conocimiento de la Biblia. La casa de María los cobija en el invierno, también el hogar de Lucy y Rolo, frutos del lugar; y cuando el calorcito y el sol los invita, la plaza es un buen lugar para sacar las sillas y allí alabar a Dios, para que todos los vecinos escuchen el gozo de corazones en donde Cristo es el Señor.

Y no podemos olvidar a nuestras fieles mujeres que visitan, se llegan donde hay necesidades, oran en cada hogar donde las puertas se abren, reparten tratados, invitan a cada uno a todas las actividades que se realizan allí. Las vidas de Dolores Botello, María Luisa Guaimás, Sara Nassivera, Concepción Más, Claudia Morales, Orfelía Ávila, Ana Pena y tantas otras, trabajan para que la tarea sea completa. El Evangelio se predica con palabras, pero también con obras, preocupándose por los demás, orando por ellos, conociendo sus vidas y sus dificultades. También la vida de nuestros hermanos que viven en el barrio es muy importante para el trabajo. El testimonio diario de las vidas de Belén y Juan Marcos Licatta y Demy y Daniel Quattrocchi hacen que seamos conocidos no solamente por los mensajes que se tiene semana a semana, sino por nuestra presencia continua en el lugar. Ellos son los que tiene la responsabilidad de que a diario y continuamente, Dios pueda verse reflejado.

Aunamos esfuerzos jóvenes, niños y adultos y llevamos varias veces el mensaje en otras formas. Festejamos un día del niño, en un frío día de agosto, corriendo y jugando con los niños y luego compartiendo una obra de teatro con los jóvenes y un rico chocolate caliente. Preparamos un pesebre con niños del lugar, ensayando viernes a viernes para que los corazones de muchos adultos recibieran el nacimiento del Señor Jesús. Armamos un pelotero y nos divertimos saltando con ellos, mostrando que Dios puede alcanzar las vidas de los niños a través de una tarde compartida juntos. En cada oportunidad, nuestro “camión de exteriores”, cargaba los equipos, el escenario, la escenografía, los trajes, y con buen grupo de hermanos trabajamos a full para el Señor, mientras las hermanas mayores nos apoyaban con su presencia, sus visitas y sus manos amorosas acariciando niños, ofreciendo un vaso de bebida fresca, saludando a quienes se acercaban. Siempre con una sonrisa, sabiendo que el Señor es el que da y renueva nuestras fuerzas, el que nos da tiempo, el que nos da los medios económicos, el que nos provee las manos que llevarán la tarea a cabo, el que suple todas las necesidades que se van presentando, el que nos muestra el camino.

Habíamos llamado a esta obra pequeño retoño ¿Por qué? Aunque hace muchos años que se trabaja, esta tarea ha sufrido inconvenientes, interrupciones, dificultades, deserciones, abandonos. Sin embargo está allí, es una rama que está en crecimiento. Aún confiamos en que Dios nos está mostrando ese lugar. No hay dudas en que los testimonios, primero de doña Carmen, y luego de nuestra hermana María fueron y son tan fuertes, que la luz brilla a pesar de todo, en ese lugar. El entusiasmo y el gozo de sus corazones han contagiado a muchos de nosotros en el trabajo allí. Aprendimos a amar cada trozo de calle que caminamos, cada hogar que visitamos, la plaza que fue escenario de muchas actividades para acercarnos al barrio, los niños y los mayores que ya son nuestros hermanos, y aquellos que deseamos alcanzar.

Si Dios habló primeramente al corazón de doña Carmen y luego al de María Pascual ¿quiénes somos nosotros para hacer oídos sordos a sus pedidos? Solamente Él sabe sus planes en el lugar, Él conoce hasta donde quiere que lleguemos, qué tarea hagamos, qué corazones son los que tenemos que alcanzar. Si confiáramos en nuestras fuerzas, finitas y limitadas y en nuestros planes, chatos y pobres, la obra del Señor nunca alcanzaría su propósito. Queremos dejar nuestros miedos de lado, y descansar en Él, dejando todo, realmente todo en sus manos para que nos guíe en sus propósitos. Queremos ser simples siervos, con quienes el Jefe y Señor haga lo que le plazca. Queremos ser humildes para que la gloria que se alcance sea para Él. Queremos ser dóciles para escuchar y hacer su voluntad, dejando la nuestra de lado.

Deseamos del Señor la sabiduría para mostrarnos el camino allí y la obediencia para cumplirlo, sabiendo que Aquel que comenzó la buena obra será fiel en completarla.